

Escuela Templo

Existe un texto bíblico (Gn. 28, 10-22^a) que puede iluminar y hacernos comprender con más claridad todo el contenido de la expresión **nuestra escuela es un Templo**:

En aquellos días, Jacob partió de Berseba y se dirigió a Jarán. De pronto llegó a un lugar y se detuvo allí para pasar la noche, porque ya se había puesto el sol. Tomó una de las piedras que había allí, se la puso como almohada y se acostó en ese lugar. Entonces tuvo un sueño: vio una escalinata que estaba apoyada en la tierra, y cuyo extremo superior llegaba hasta el cielo. Por ella subían y bajaban ángeles de Dios. Y el Señor, de pie junto a él, le decía: “Yo soy el Señor Dios de tus antepasados...Yo estoy contigo, te protegeré dondequiera que vayas y te haré volver a esta tierra. No te abandonaré hasta haber cumplido todo lo que te prometo”.

Jacob se despertó del sueño y exclamó: “¡Verdaderamente Dios habita en este sitio y yo no lo sabía!” Y lleno de temor, añadió: “¡Qué terrible es este lugar! Es nada menos que la casa de Dios y la puerta del cielo”.

A la madrugada del día siguiente, Jacob tomó la piedra que le había servido de almohada, la erigió como piedra conmemorativa y derramó aceite sobre ella. Y a ese lugar, que antes se llamaba Luz, lo llamó Betel, que significa “Casa de Dios”.

Se ha producido un quiebre en la percepción del sentido de la realidad. Ésta ha sido transfigurada. Lo que ha sido visto hasta entonces como un campo donde descansar, se descubre como un lugar de presencia de Dios: Betel. Lo que era una piedra con funciones de almohada se convierte en altar, en estela conmemorativa.

Todo sigue igual en la superficie, pero se vive con una carga nueva de significado en la profundidad. Es la misma realidad, pero percibida, sentida y vivida desde otro nivel.

Del mismo modo, la escuela del tiempo de Juan María, se vivía como una profesión, como un medio de vida, como una tarea, en el mejor de los casos. Desde los comienzos de la aventura menesiana, **el mundo de la educación cristiana** se convirtió para Juan María de la Mennais y los Hermanos en “*situación ministerial*”, es decir: Situación histórica en que Dios se les manifiesta y en la que ellos sirven al Dios encarnado en los niños y jóvenes. Se trata de **su dimensión ministerial**.

Como en el relato bíblico, el aula se convierte en Templo, la mesa en altar, el servicio educativo en ministerio encomendado por Dios. En esa “situación ministerial”, uno mismo pasa a actuar como “**representante**” de Dios, pues es Dios quien lo envía. Este será uno de los temas más recurridos por Juan María.

*“¡Ah! ¡Ojalá no lo olviden! Su obra es bella, santa, porque tiene por objeto hacer no sabios sino santos. Su ministerio es sublime, divino, porque no se proponen únicamente dar a los niños que les son confiados los cuidados relativos a los intereses de la tierra, sino que son llamados a hacer de estos niños discípulos de Jesucristo, herederos de su reino y de su gloria. **Su escuela es un templo** en el que ejercen una de las más augustas funciones del sacerdocio, la de enseñar. Sentados en su cátedra, **hablan en nombre de Jesucristo**, ocupan su lugar y por consiguiente, no hay nada de común entre ustedes y esos mercenarios para quienes una escuela es un taller de lectura, de escritura o de cálculo y que fabrican instrucción como un carpintero hace muebles.” (Sermón a los Hermanos)*

Desde la convicción anterior, todo cambia de perspectiva. No vivirlo así supone la más radical traición a nuestra identidad: se vive la educación como tarea y no como misión; como trabajo y no como sacerdocio; como profesión y no como ministerio... no se es pastor, sino mercenario.

“En esta escuela, las maestras están sentadas en la cátedra de Jesucristo, que no se ha propuesto otra cosa al venir a la tierra; ellas le representan, hacen lo que Jesucristo ha hecho; repiten lo que El ha dicho; son los ministros de Dios, las intérpretes de su voluntad, las dispensadoras de sus misterios; aseguran la salvación y la dicha eterna a generaciones enteras, por las cuales Jesucristo se ha encarnado, por las cuales Jesucristo ha predicado, ha sufrido, ha muerto” (A las Hijas de la Providencia)

La educación cristiana, "mediación" del Reino de Dios

Lo único que justifica nuestra identidad (lo que somos y lo que hacemos), es su relación con el Reino de Dios. El Reino de Dios se hace presente allí donde Dios se encarna. Por eso Jesús, presencia misma de Dios, se identifica con el Reino de Dios. A nosotros, cristianos, nos corresponde descubrir la presencia o encarnación de Dios en nuestro mundo actual y servirlo allí donde lo descubrimos.

Cada una de estas manifestaciones de Dios requiere una especial sensibilidad para percibirla como "lugar teológico" para mí, o llamada de Dios para mí. Cada uno ha de preguntarse por la "zarza ardiendo" a la que debe acercarse "descalzo", dispuesto a adorar a Dios en ese lugar y servirlo, porque en ese lugar será enviado a salvar a su pueblo. Ese es mi carisma, la gracia de Dios que me permite reconocerlo y me lanza a servirlo, aunque en mi miedo alegue "tartamudez", como Moisés. La garantía del carisma es ésta: "Yo estaré contigo".

Juan María encuentra su zarza ardiendo en el mundo de los niños necesitados de educación. Resulta "herido" por la llamada de Dios en la maduración humana y cristiana de los niños, y se ve urgido a servirlo en esa situación. El mundo de la educación se convierte para él (y para nosotros) en "situación ministerial", es decir, "situación histórica en que Dios se nos manifiesta y en la que servimos al Dios encarnado en los niños y jóvenes."

En esa "situación ministerial" pasamos a actuar como "representantes" de Dios, pues es Dios mismo quien nos envía. La clave está en descubrir la "sacramentalidad" de una situación humana: entrar en su "transparencia" de lo divino, por que Dios se ha encarnado en nuestro mundo.

"No miren nada sino con los ojos de la fe..."

¿Cuál es la diferencia, pues, entre los que se ocupan en una misma labor, de los que la ejecutan como "situación ministerial" y los que la realizan como simple empleo?

La principal diferencia no consiste en hacer cosas nuevas, sino en vivir las mismas cosas de modo diferente. Lo que vivimos se hace "nuevo" en virtud de nuestra fe y nuestra esperanza: fe en la presencia de Dios en esa situación ("lugar teológico"), y esperanza en que el Reino de Dios pueda hacerse más visible en esa situación.

Algunas consecuencias

Quien vive la tarea educadora como un ministerio, es decir, como enviado de Dios a los niños y jóvenes, descubre que su escuela es un Templo, es decir, lugar de encuentro con Dios en el rostro concreto de sus alumnos. Este educador/a no tendrá necesidad de buscar a Dios en otros lugares, pues su escuela es un "lugar teológico", es Betel.

Para quien la escuela es un Templo, lugar de encuentro con Dios, lo que sucede allí dentro (en las aulas, despachos, patios, pasillos, baños, sala de docentes, biblioteca, etc.) no le es ajeno, tiene un mensaje, allí Dios habla y me quiere hablar.

Buscaré a Dios, en el Templo de la escuela, en los más pequeños: niños, marginados, rechazados, ignorados, no valorados, despreciados, solitarios, etc. porque a ellos se acercaba Jesús y con ellos se identificó.

El colegio que viva en esta clave será constructor de comunión, porque el Templo es lugar de encuentro con Dios y Dios es Comunión. Las líneas, acciones, proyectos a lo "llanero solitario" serán infecundas porque no construyen Reino ni comunión.

Si vivimos la misión educadora desde este ángulo viviremos los éxitos y fracasos desde una perspectiva nueva: la del Reino. Serán éxitos las situaciones o acontecimientos que hagan que el dolor humano disminuya, que la discriminación se supere, que la aceptación incondicional se viva, que la inclusión se dé, que los enfermos (de soledad, sin sentido, angustias, depresión) se sanen, que los ciegos (los que se ven sólo a sí mismos) vean, que los parálíticos (sin alegría, sin ánimo de vida, con autoestima por el suelo, infravalorados) caminen... y por estas situaciones me alegraré y alabaré al Autor de todo Bien, no me las atribuiré como logros personales.

Serán fracasos todas aquellas situaciones que no favorezcan el surgir del Reino. Ante esto no me deprimiré, porque no es mi obra lo que estoy haciendo sino la obra de Dios. Ante esto podemos asumir la actitud que Juan nos recomendaba: *"Haga todo como si dependiera de usted y espérelo todo como si dependiera de Dios"*.

Ficha de Trabajo

Escuela Templo

Para la reflexión personal

- Hago memoria de mi historia de educador, la releo y me pregunto: ¿con qué expectativas inicié la tarea con qué ilusiones, que dificultades encontré, cómo las superé, quiénes fueron significativos en mi historia de educador, en fin, **por qué sigo en este camino?**
- ¿Vivo mi tarea como una profesión o como una misión? Indicadores de que así es.
- En mi historia de educador y en el hoy ¿descubro la presencia misteriosa de Alguien que habita mi vida?
- He tenido alguna experiencia que me haya hecho cambiar mi manera de mirar, ver, juzgar, analizar, hablar, dar clases, relacionarme con los alumnos, etc.

Para la reflexión grupal

- Cómo caracterizaría (indicadores concretos) a un educador/a que vive el educar solamente como una profesión, una tarea, un servicio.
- Cómo caracterizaría (indicadores concretos) a un educador/a que vive el educar como una misión de construcción del Reino de Dios a través de la escuela.
- Qué áreas, criterios, procesos no habría que descuidar en una escuela que quiere vivir el "encuentro con los otros" (niño, adolescente, joven, adulto) como un encuentro con el Otro.